Nº 102 6 Dibre 47

Fuera de VALIJA

LA BLASFEMIA UNICA

DURANTE todo su reciente viaje por España, el padre Cuevas, S. J., sólo oyó una blasfemia, una sola y única blasfemia, una blasfemia monda y lironda. Lo refiere el almibarado jesuíta en los siguientes términos: "En los dos meses que estuve yo en España, y andando muchas veces entre cargadores, gente de estación o de mercado, no oí más que una sola blasfemia. Fué en Utrera; a un mendigo todo llagado, alguien le pisó su pie enfermo, y se le escapó una blasfemia. Pero luego, al punto, todo condolido y avergonzado, nos pidió perdón a los presentes y señaladamente a mí".

La escena folklórica está descrita estupendamente, de mano maestra. En la prosa circunspecta del padre Cuevas, esa blasfemia oída en Utrera queda flotando aquí, en México, D. F., vaporosa, etérea y juguetona. El padre Cuevas trata de comprenderla, ya que no justificarla; trata, en fin, "de hacerse cargo". "Imaginemos" —parece decirse— que no es ese mendigo de Utrera, imaginemos que no es ningún cargador, ni gente alguna de estación o de mercado, entre los cuales hay cierta vocación blasfematoria; imaginemos, digo, que no es ninguno de estos desdichados el que recibe ese pisotón en el pie llagado que arranca la única blasfemia oída por mí en España. Supongamos que es el propio cardenal Pla y Deniel quien recibe el pisotón. ¿Qué hubiera dicho en ese momento el eminente primado? ¿Hubiera echado una bendición o un taco? Es más; imaginemos que ese pisotón lo recibo yo mismo en un pie llagado. ¿Qué? ¿No se me habría escapado también a mí, ¡a mí!, alguna palabrita algo subidita de color, en fin alguna palabrota?" Estas reflexiones, que acaso hizo el padre Cuevas, S. J., al oír al mendigo pisoteado, y que se hallan implícitas en su admirable relato, dan a la blasfemia de Utrera un cierto carácter imperativo, natural, ingenuo; hacen de ese blasfemo circunstancial y aislado más que un réprobo, un agnóstico o, si se quiere, un fatalista.

No dice el padre Cuevas —y es lástima— qué blasfemia fué la que profirió el mendigo de Utrera. ¡Gorda debió ser! Un pobre que está pidiendo una limosnita por el amor de Dios y a quien le dan un pisotón en su pie llagado, no sale del paso así como así, diciendo, por ejemplo: "¡Cáspita!" o "¡Mecachis!" El léxico imprecatorio adquiere forzosamente en esos trances una riqueza, una fastuosidad deslumbrante y fabulosa. Además, si las cosas fueron dispuestas por el régimen franquista en forma que el padre Cuevas no tenía que oír durante todo el viaje más que una sola blasfemia, hemos de suponer que no sería una blasfemia cualquiera, una blasfemia minúscula, insignificante, racionada, subalterna, desmedrada, raquítica, descolorida, una blasfemia insulsa, inocua e inane, sino una blasfemia de primera calidad, rotunda, wagneriana, retumbante, toda una señora blasfemia, una verdadera blasfemia con todas las de la ley, una blasfemia de estraperlo, una blasfemia de mercado negro, una blasfemia con toda la barba, una blasfemia, en fin, que le sirviera al padre Cuevas para todo el viaje. Si como hemos apuntado ya, la Falange ha establecido, quizás, la blasfemia única en España, con tarjeta de racionamiento, supongamos que habrá elegido bien la blasfemia que corresponde a un mendigo de Utrera en el momento crucial en que le pisan un pie llagado. El padre Cuevas hace mal en callarse para él solo la blasfemia que oyó. Unicamente conociéndola, podríamos apreciar ahora la magnitud de la blasfemia y la magnitud del pisotón. Pero de todas maneras, algo considerable debió ser. La prueba es que cuando el mendigo recibió el pisotón en su pie llagado, nadie se apresuró a pedirle perdón por haberlo pisado, sino que fué él quien pidió perdón por haber blasfemado. "Pidió perdón a los presentes y señaladamente a mí", dice el padre Cuevas, S. J. ¿Por qué señaladamente al padre Cuevas? ¿Por ser S. J.? ¿Por ser él quien había pisado al mendigo? ¿Porque así convenía a la ejemplaridad del relato que el propio Cuevas había de hacer al llegar a México? En fin, el mendigo blasfemo y pisoteado quedó, según testimonio del padre Cuevas, "todo condolido y avergonzado". Condolido, sin duda, por la blasfemia, y avergonzado por el pisotón, o viceversa; porque en casos así nadie, ni aun el padre Cuevas, S. J., sabe dónde termina el pisotón y dónde empieza la blasfemia, y en Utrera, como en otras partes, pisotón y blasfemia no son a veces sino una misma cosa.

Más afortunadas que el padre Cuevas, que sólo oyó una blasfemia en toda España, hay allí distinguidas señoritas que las oyen en abundancia. Acaso sea la misma blasfemia, si Falange no permite más que una misma y única blasfemia, pero repetida seguramente muchas veces. En efecto: "Hay en Sevilla —dice el padre Cuevas—, y entiendo que en otras ciudades de España, una asociación de señoritas contra la blasfemia, y ya saben los interesados que a blasfemia echada, paraguazo seguro, con el ridículo consiguiente".

Vemos, por tanto, que en Utrera la blasfemia es después del pisotón, y en Sevilla es antes del paraguazo. ¡Lo que cambia el paisaje en una distancia de unos veinticinco kilómetros! El itinerario en la capital va de la blasfemia al paraguazo, y en Utrera, que es un pueblo de la provincia del pisotón a la blasfemia. Con billete, acaso, de ida y vuelta. Lo raro del caso es que las señoritas de la asociación esa de Sevilla sacan el paraguas cuando salen a la calle, no por si llueve, sino por si blasfema. Cuando los sevillanos ven a una de esas señoritas con paraguas, se dicen, sin duda: "¡Tormenta segura de reniegos va a tronar!"

Mas ¿por qué esas señoritas de Sevilla dan esos paraguazos a los "interesados", que es como el padre Cuevas llama embozadamente a los blasfemos? ¿Quizás para oirles, al recibir el paraguazo, otras blasfemias más categóricas y sustanciosas? Para ese caso, mejor es, más blasfemias produce un pisotón que un paraguazo. El mendigo de Utrera nos ofrece sobre la materia un magnífico ejemplo. Su blasfemia ejemplar, única, imperativa e inevitable encierra una gran lección, una estupenda moraleja; como el mendigo de Utrera, el pueblo español, pisoteado por Franco en sus llagas y dolores, escarnecido y martirizado, suelta al aire su gran blasfemia rotunda, justiciera y categórica. La España mártir, país de blasfemia única, según ese j. del padre Cuevas, S. J. Es decir; una sola blasfemia en toda España. O sea; toda España no es, ahora, sino una blasfemia. Silenciosa.

EL VALIJERO

Témonos-
Témonos

Finodova,

A.P.C.E.
SIG.: 1.25/1290